

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

ADVERTENCIA

Las oficinas de Redacción y Administración de DON QUIJOTE se han trasladado a la calle de Luisa Fernanda, núm. 13, donde tienen ustedes su casa.

Dominus vobiscum.

—Pero, ¿quién es ese tío que está pelándonos hace un mes y todavía nos toma el pelo?—exclamaban los jugadores del treinta y cuarenta, y de *baccarat* de una playa del Norte a la que acuden en verano millares de madrileños, andaluces, navarros, aragoneses, y así, como dicen mis convencidos los vascos.

El hombre que pelaba era gordo, rechoncho, bien cebado, llevaba la cara afeitada, vestía con sencillez. No era muy bien educado, porque en el juego y en la mesa se conoce a los bien nacidos, y mi hombre jugaba con notoria ordinariéz. Cuando ganaba, se reía descaradamente; y cuando perdía lanzaba interjecciones impropias de una provincia católica.

No, no se juega así en una comarca devota. Que se pelen unos a otros los habitantes, bueno va; pero jurar, no. Más de una vez tuvo que recordarle tal senador por derecho propio, entre un ocho y un nueve, que no blasfemara, y el desconocido, un sí es no es cortado, solía decir: No hay que enojarse ni tener cuidado; lo que digo en un momento de rabia *va rectificado interiormente*. Era sin duda partidario de eso que llaman *reservas mentales* los republicanos o carlistas que, al jurar el cargo de diputado, prometen fidelidad al rey de las Españas.

—¡Pero, quién era?

Una *fiera* que había nacido para, como decía León, desesperarle.

León era un muchacho rico, honradísimo, pero dominado por la pasión del juego. Perdía pacientemente su dinero, y estaba ya, a mediados de Agosto, en el último periodo del jugador. Cartas a la familia, pagarés en la caja del Círculo, bajonazos de cien pesetas a los íntimos, sortijas en el Monte y paseos con monólogo, en las montañas, eso que los inteligentes llaman *el delirio* y que viene a ser como el principio del estertor de un tísico.

Siempre que el hombre gordo y barbirrapado tallaba, levantaba los miles de pesetas como agua, y León se quedaba más limpio que la cara del banquero.

Al treinta y cuarenta sucedía lo mismo. El hombre funesto se ponía en el lado del encarnado y León en el del negro? Pues era infalible, que se daban veinte colorados seguidos. ¿Cambian de sitio por la noche? Pues allí donde se ponía el gordo, racha infalible.

León, como hombre bien educado, se contentaba con maldecir *interiormente* del enemigo aquel, mientras que el otro se reía como un descreído y se marchaba despidiéndose en latín. Unas veces decía *Pax vobis*, metiéndose los billetes de Banco a puñados en todos los bolsillos. Otras veces decía *Dominus vobiscum*, yéndose a la Caja con una cestita llena de fichas para cambiarlas por derecho real y efectivo. Y León le veía marcharse y le seguía con la vista, echándole unas miradas que querían decir: ¡Ojalá te lo gastas en botica!

Los jugadores del país, a quienes León, forastero, no conocía, llamaban al tal hombre, D. Celedonio. —¡Hola, D. Celedonio!— ¡Vaya, D. Celedonio, que ya va usted aviado! Otros decían: ¡Ahora no nos saludará usted más que en latín, porque le trae suerte!

—¡Y por qué nos habla en latín?—exclamó una vez un navarro muy francote y muy llano.—¡Que hable como todo el mundo!

—Ya sabe usted, dijo un sabio cazado con liga que solía sacar todos los días su durito para la plaza, que *Pax vobis* quiere decir *la paz sea con vosotros*, y *Dominus vobiscum*, *el Señor sea con vosotros*. Es un hombre ilustrado que nos saluda con las palabras de la Iglesia...

—Bueno, pues que lo peinen—dijo un madrileño de la alta, sacando una cartera del bolsillo y añadiendo: ¡Caen cinco duros!

D. Celedonio, según le dijo a León un amigo improvisado, un vecino de mesa, era cómico;

pero León conocía a casi todos los actores de España y no había visto nunca aquella cara delante de una concha. Otro le dijo que era cantante de capilla, y acaso fuese verdad, porque el hombre terrible tenía voz de bajo profundo.

Y aquella noche, en el treinta y cuarenta, continuó el desconocido de los forasteros ganando un *dinero loco*, según expresión de los perdedores. La única vez que León ganó contra él fué por una equivocación. El *croupier* que tiraba las cartas, dijo: ¡Nueve tres! ¡Encarnado gana y color!

Y ya extendía la manaza y los dedos de alivio de luto D. Celedonio para coger un montón de billetes, cuando León le dijo:

—¡Eh, perdone usted, el *croupier* se ha equivocado, véanse las cartas, encarnado gana y color pierde! Y ganó León un contracolor, unos treinta duros.

¡Qué más daba! Llamaron para el *baccarat* y se puso a tallar el bajo, ó actor, ó lo que fuera el hombre sin barbas, y dejó a todo el mundo en cueros. A las dos de la madrugada se marchó doble de gordo de lo que era, según le abultaban el cuerpo los billetes de Banco.

León se quedó hasta las cinco de la madrugada, y lo perdió todo, todo. Lo suyo, lo ajeno, el crédito, la voz, la paciencia... se salió a pasear por la orilla del mar, haciendo unos monólogos dramáticos preciosos.

Pero bien pronto la desesperación cedió el paso a las reflexiones devotas, porque León era devotísimo, y lo habían educado los frailes; pertenecía a no sé cuantas sociedades de esas en que vive la juventud de ahora, que ha entendido la vida y no quiere pasar como pasamos nosotros hace treinta años disgustos, persecuciones, destierros y todas las molestias del que lucha y batalla; León podría ser jugador, y gustarle la diversión, y tener sus cosas; pero... era católico ferviente, sincero y, en este punto, verdaderamente respetable.

Tristísimo pedía a Dios que le sacara de sus apuros.

¡Cosa esencialmente humana! Damos rienda suelta a nuestras pasiones, instintos y vicios; viene la mala, y entonces, que Dios se encargue de liquidar la situación. Esta manera de entender la divinidad es de todos; así es el hombre.

¡Pobre amigo! ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a volverse a Madrid? Lloraba a solas por la playa, por las calles y plazas de la dormida ciudad. Se comparaba con los que estarían entregados al sueño feliz del que no hace nada malo; sentía remordimientos espantosos... Estaba amaneciendo y en la iglesia próxima volteaba la campana, llamando a la misa del alba.

Vió pasar por delante de él y subir por la escalinata del templo a tres ó cuatro ancianas vestidas de negro, dos ó tres mendigos, unas muchachas, de negro también, acompañadas de una señora...

Entró.

El fresco de la iglesia le reanimó. El templo estaba obscuro, no había en él más que ocho ó diez personas y una señora confesando. León llegó hasta cerca del altar, se arrodilló, metió la cabeza en el pecho y comenzó a rezar... Pero al oír el primer *Dominus vobiscum* de la misa, todos los recuerdos de la noche vinieron a interrumpir su devoción. Se acordó de D. Celedonio, de sus saludos en broma, de la fortuna perdida... Levantó la cabeza y miró a la cruz del altar para que las ideas de odio se le borrasen de la mente, y a poco el cura volvióse de cara a los fieles y dijo por segunda vez la palabra santa:

—*Dominus vobiscum*.

¡Era él!

Si, era el desconocido, el supuesto artista, el hombre gordo pronunciando la misma frase... era él, no había duda.

Y León perdió la cabeza, olvidó el lugar en que estaba; su conciencia de católico sincero se sublevó, lo olvidó todo, esperó la tercera vuelta de frente de aquél que estaba allí y ante el cual oraban con honrada devoción ancianas y pobres, y así que el momento llegó, D. Celedonio dijo con acento solemne:

—*Dominus vobiscum*.

Y León le gritó, cara a cara, colérico:

—*Colorado gana, y color pierde*, ¡FARISEO!

EUSEBIO BLASCO

LA ORACIÓN DE INÉS

Antes la luz faltará que Inés falte a la novena; con su prima Filomena, devota, rezando está.

«Padre nuestro que estás—mira a la Soledad—en los cielos; santificado...—¡Qué pelos! sea el tu nombre...—No te admirar

«Venga a nos...—Mira a Isabel, del tu reino...—¡Qué impiedad!... «Idgase tu voluntad...—Guños hace a Rafael.

«Así en la tierra...—¡Qué lazo lleva Luz!—Como en el cielo; del pan nuestro...—Poco vuelo ven la falda, y un retazo.

«De cada día...—Allí están «Mariano y Pepe, los dos. «Dánselos hoy, perdónanos «nuestras deudas... ¿Nos verán?

«Así como... ¿Qué patillas! «Eh?—Nosotros perdonamos... «¿Qué guapos van! «Los llamamos? «Pss... ¿Qué importan las habillitas?

«A nuestros deudores...—¡Bah! «No nos dejes...—¡Decisión!

«Caer en la tentación... «Voy a llamarlos acá.

«Mas... La seña han visto bien. «Dicen que sí con la mano. «Adiós Pepe, adiós, Mariano. «Libranos de mal, amén.»

El fervor de esta devota la fama de quier divulga: dos veces al mes comulga y por la noche... se azota.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO

CZOLGOSZ

El día 29 de Octubre murió en la cárcel de Auburn el matador de Mac-Kinley. Le ejecutaron eléctricamente. Lejos de mostrar miedo a la muerte, se apresuró a sentarse en la silla donde la muerte le esperaba.

«Maté a Mac-Kinley—dijo—por los trabajadores. No me arrepiento de mi crimen. Siento sólo no haber visto a mi padre.»

Muerto ya, le llevaron a la fosa que le tenían destinada. Allí le quemaron con cal viva y aceite de vitriolo. Un chorro de agua en la cal produjo la combustión que se deseaba. Quemaron después todos los efectos de la víctima. Ya nada queda del asesino, dijo con júbilo la prensa.

«No parece imposible que esto suceda en los Estados Unidos? Aquí, en España, se quemó el año 1852 el cadáver de Merino, que había dado a la reina Isabel una tremenda puñalada. Prensa y pueblo lo condenaron y pusieron el grito en las nubes. Bastaba la muerte, decían todos; no llegaba a tanto la sentencia. No llegó tampoco a tanto en aquella república. Allí, como aquí, la combustión fué obra del poder ejecutivo.

«¿Qué fin pudo allí tener ese acto de barbarie? Con esto no se espanta a la fiera, se la irrita. Se provoca venganzas, deseos de matar algo más que un presidente. ¿Querrán que el anarquismo vuelva a disparar bombas de dinamita en congresos y teatros?

Se ve hoy los atentados de los anarquistas como cosa que jamás sucedió en naciones cultas. Allí mismo, en aquella gran república, murieron a manos de asesinos Gárfiele y Lincoln. No había entonces anarquistas. En Francia se atentó contra la vida de los dos Napoleones y la de Luis Felipe. Tampoco había entonces anarquistas. En Rusia se dió muerte al emperador Alejandro. Tampoco había entonces anarquistas. En Alemania dos veces se disparó armas de fuego contra el rey Guillermo, el que se hizo emperador en los salones de Versalles. Tampoco había entonces anarquistas. Aquí, en España, se hirió a la reina Isabel y se empleó dos veces el revólver contra el rey Alfonso. Tampoco había entonces anarquistas.

No queremos salir del siglo xix. En todos los tiempos hubo hombres que atentaron contra la

vida de príncipes y reyes. Hombres, no partidos. ¿Habría sido justo que se hubiese estigmatizado los partidos a que esos hombres hubiesen pertenecido?

Esto es, sin embargo, lo que al parecer se intenta en los Estados Unidos. Un eminente juriconsulto ha propuesto que se ponga fuera de la ley común a los anarquistas, se les prohíba toda propaganda, y se les niegue la entrada en el territorio de la República. No lo ha recibido mal la prensa, y se cree que lo acordará el Congreso en sus próximas sesiones.

No podemos creer que así vulnere el Congreso los principios de la democracia. Dicte enhorabuena leyes que castiguen y repriman los crímenes que el pensamiento engendre; nunca leyes que lo coarten, de los crímenes que cometen hombres exaltados por sus pasiones no pueden ser nunca responsables los partidos.

El pensamiento no hay tribunal que pueda juzgarlo. Se lo habría de juzgar por las ideas generalmente recibidas y las leyes de que fuesen símbolo; no cabría la propaganda de ninguna idea que viniese a negarlas, y es sabido que todo progreso empieza por la negación individual de un pensamiento colectivo.

¡Triste destino el de nuestro linaje! Empieza ahora a vacilar la democracia donde tuvo su cuna y su más firme asiento.

DEGRADACIÓN

Un soplo gigante de nuevos idealismos estremece y agita el viejo mundo; la humanidad civilizada, como atormentada por los dolores del alumbramiento de una sociedad nueva, busca, indaga, investiga la orientación de la nueva vida. El pensador, el hombre de ciencia, el artista, se afanan por interpretar y dar forma al vago presentimiento de un porvenir que empieza a vislumbrarse.

Y aquí, en España, amarrados a la tradición como el esclavo a su cadena, no percibimos de todo ese lento trabajo de eclosión que se opera en las conciencias, más que las superficialidades externas de lo que ha dado en llamarse *modernismo*, siendo en realidad una retrogradación al misticismo religioso.

Y así, en medio de los grandes problemas que agitan el espíritu contemporáneo, España, incapaz de adaptarse a las nuevas condiciones de vida, nada aporta a la obra general, ofreciendo el tristísimo espectáculo de un pueblo que agoniza y de una raza que se extingue.

CHISMOGRAFÍAS

CONTRASTES

Que del ala de un tejado caiga un obrero a la acera, se haga trizas la mollera y sucumba reventado, sin el consuelo de dar un adiós a su mujer, eso no debe tener *nada de particular*.

Que haya finchado señor que en el concejo halló puesto, y robó del presupuesto sin conciencia y sin rubor, y no le pueden tildar de ladrón, como conviene, eso, lectores, no tiene *nada de particular*.

Que una joven agraciada deje en el lecho a su padre impedido, y a la madre por la fiebre devorada, vaya limosna a implorar, pues que a *tratos* no se aviene, eso, lectores, no tiene *nada de particular*.

Que una señora elegante, por salirse de su esfera, haga vida de ramera y se adeude lo bastante por su afán de figurar—que el marido no detiene—eso, lectores, no tiene *nada de particular*.

Que a un insigne Profesor, porque en la cátedra expresa las ideas que profesa con libertad y valor,

DON QUIJOTE



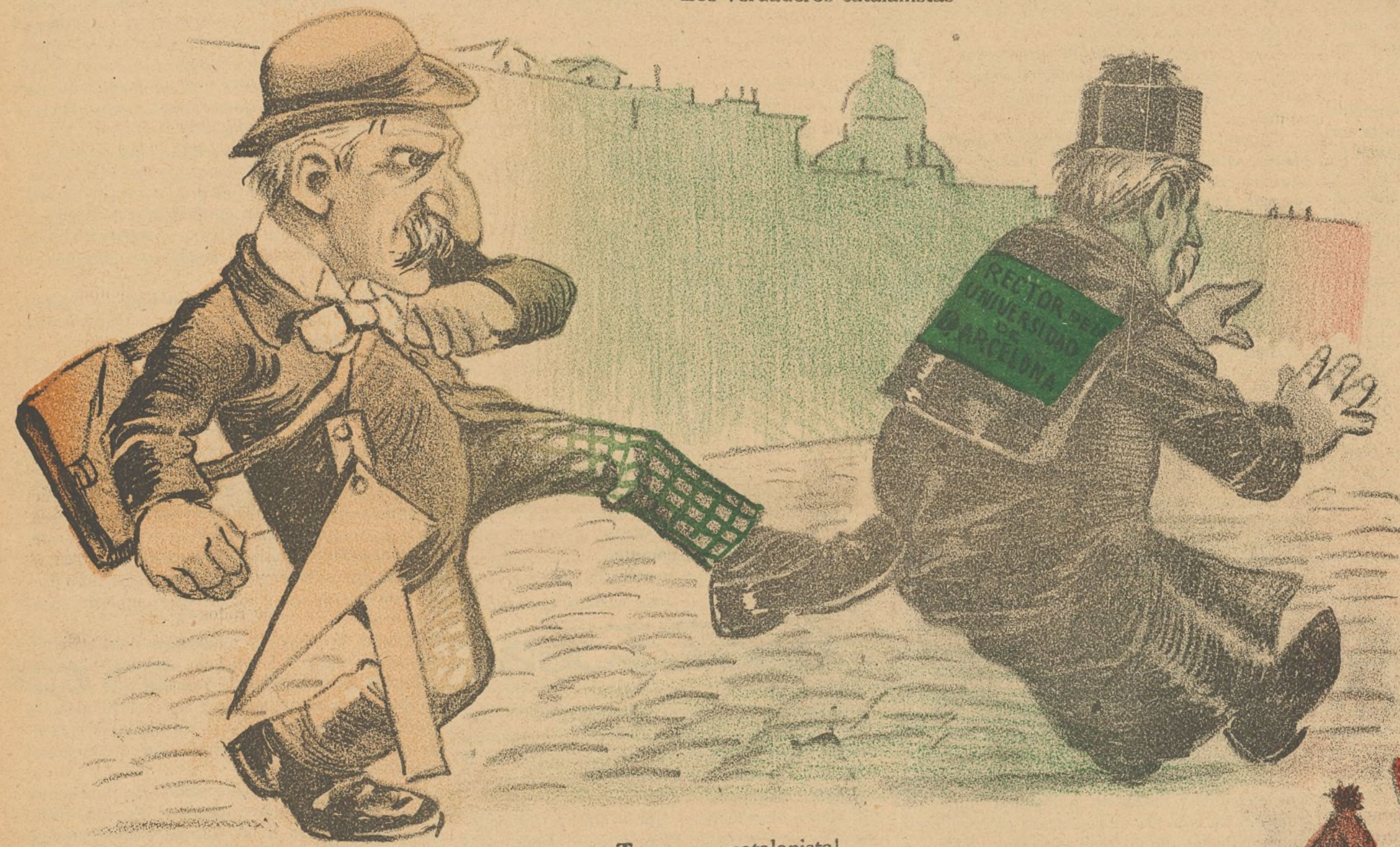
Los verdaderos catalanistas



Proyecto del sello catalanista.



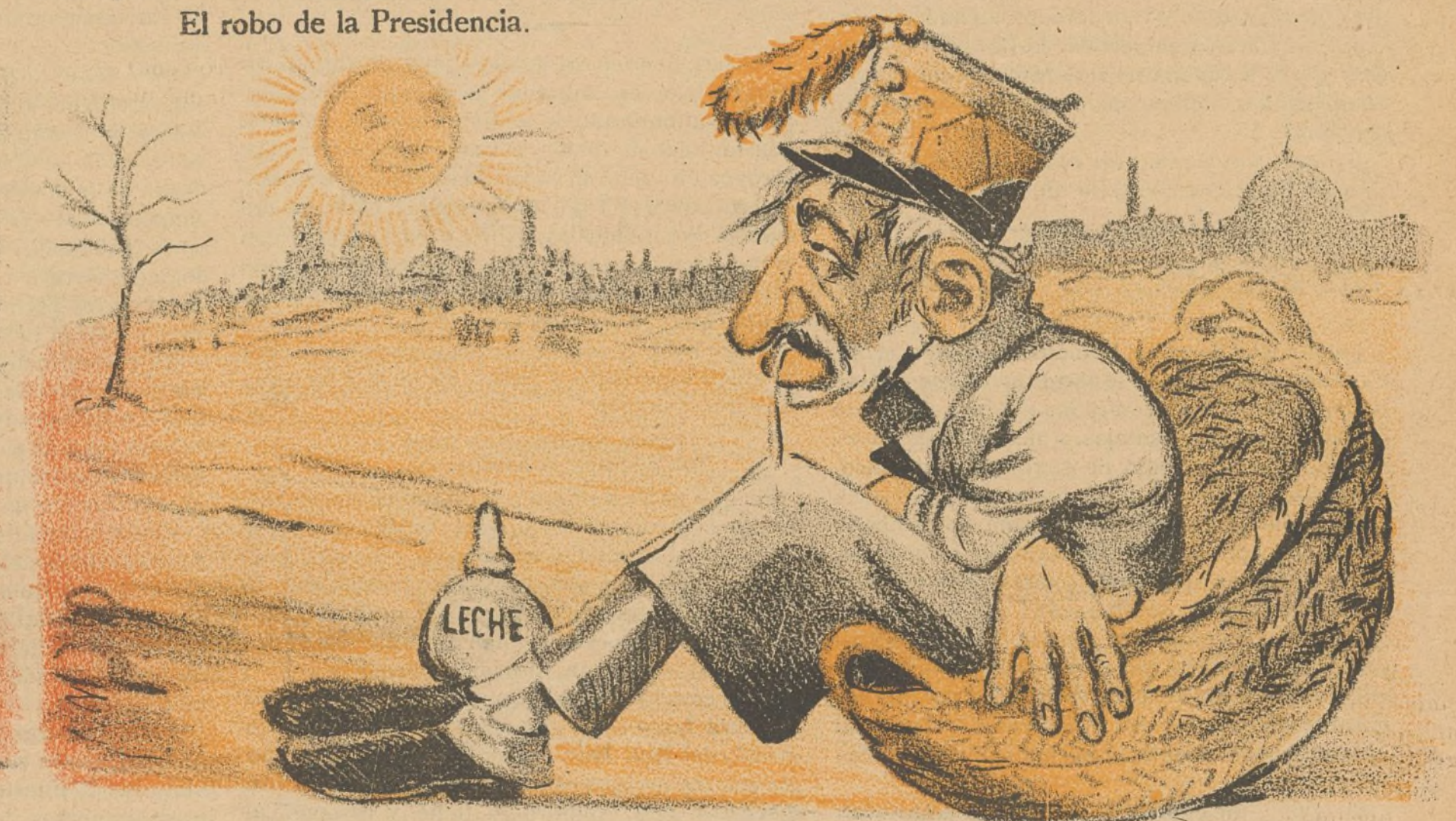
El robo de la Presidencia.



—Toma, por catalanista!



Digan lo que digan resultan con el pañal sucio.



Desengáñese usted, D. Práxedes, ya no está usted más que para...



Las malas lenguas.



Las carreras de siempre.

Ayuntamiento de Madrid

J. H. Perinógenes
LIT. M. 1907 - 10, R. C. C. A. T. A. T.

se le priva de explicar lo que á la ciencia conviene, eso, lectores, no tiene *nada de particular*.

Que desde el púlpito al cura sandeces se le permita, y que á todo jesuita se le tolere la usura, que al fraile no hay que tocar aunque el progreso detiene, eso, lectores, no tiene *nada de particular*.

CONTRA EL CATALANISMO

El Sr. Garriga ha sido destituido por el ministro de Instrucción Pública del cargo de rector de la Universidad de Barcelona.

Nos parece muy bien la determinación adoptada por el conde de Romanones.

Y nos parecería mejor que ese Sr. Garriga, aragonés con vistas al catalanismo, mal profesor y mal patriota, fuese incapacitado para lo sucesivo de desempeñar ninguna cátedra.

Hay que acabar de una vez con esos señores que han adoptado la profesión de separatistas (sin duda por el provecho que sacan de ella).

Destituido Garriga hay que destituir á ese nuevo don Opas de Barcelona, al obispo Casañas, y procesarle por insurrecto y degradarle por mal sacerdote.

Hay también que exigirle las responsabilidades á que haya lugar, á ese siniestro personaje llamado Comillas, alma y vida del separatismo catalán.

La batalla está empeñada. Al Gobierno le toca destruir el Katipunam catalanista. ¡Nada de contemplaciones con los enemigos de la integridad nacional!

Señores ministros: ¡Acordáos de Cuba, acordáos de Filipinas, acordáos de Puerto Rico!

EL DERECHO AL OCIO

Como todas las cosas humanas, y aun, si el cle-ro demasiado no se enoja, añadiremos también que no pocas de entre las divinas, tiene eso de las huelgas sus ventajas, y tiene sus inconvenientes. Procedimiento de suyo antieconómico, perturbador y nocivo á los intereses de todos, la huelga sólo se explica como arma de combate. En tal concepto hay que juzgarla, por su eficacia. Casos se dan en que arma semejante se dispara por la culata, y el obrero hace el mal negocio, de quien se queda ciego por dejar tuerto á su enemigo. En tesis general, no cabe negar que la huelga empleada con discreción y mantenida por una admirable solidaridad, ha contribuido no poco al gradual mejoramiento de la condición de las clases proletarias.

Lo que nunca debiera haber sido puesto en cuestión es el derecho á holgar. Allí en los tiempos paradisiacos del socialismo se habló mucho del derecho al trabajo, que inspiró á Luis Blanc aquellos famosos falleros nacionales, disueltos luego á cañonazos. El derecho al ocio jamás debió ser objeto de controversia. Dejar de trabajar por cuenta y riesgo del interesado, y asumiendo éste las consecuencias, parece ser el primero de los derechos ilegales, imprescriptibles, inalienables, y, según Sagasta, insufribles.

Y, ¡cosa extraña!, ha sido en este nuestro suelo, tan propicio al descanso, donde ha nacido la protesta oficial contra el santo derecho de no hacer nada. Hay más: la negación del ocio ha surgido en el seno de esta mayoría, idólatra de la vagancia. Hay más todavía: el apóstol del trabajo á la fuerza es discípulo y hechura de Sagasta, el eterno durmiente. No quiere Alfonso González que el obrero huelgue cuando bien le plazca. Eso de tamborarse á la bartola á gusto del consumidor, se queda para los senadores, diputados, padres de la provincia, administradores del común y ministros de la corona. El trabajador echará el bote *cellis nollis* mientras la cesación de su trabajo pueda perjudicar á tercero. Así lo ordenará la futura ley de huelgas, que será, como la hipotecaria, una ley de tercería.

Pero, Sr. González de nuestra ánima, eso, no puede mandarse, y mandado no puede cumplirse, y cumplido no puede aguantarse. El trabajo obligado, forzado, impuesto, es la característica peculiar de la esclavitud. La primera libertad que recabó el proletario al sacudir de sí el lodo de la gleba, fué la de trabajar ó no trabajar á su albedrío. Facultad primordial del hombre libre es la de morirse de hambre, cuando así le venga en gana, sin que nadie tenga que ver en ello. Es casi el único derecho que la revolución ha dado al pobre pueblo. Venir á coartarlo ahora por motivos de interés general, sería gran desaguisado. Equivaldría á retrotraer la historia más allá de los tiempos medioevales. Si hay huelgas peligrosas que amenacen con graves conflictos, para eso están ahí los poderes públicos. Precaven ellos y previenen. Arbitren los medios de evitar los males, pero sin atentar contra la libertad de las personas. Declarar obligatorio el trabajo por causa de utilidad pública, es restaurar la servidumbre. Por ese

camino se llegaría á hacer al minero siervo de la mina, bajo el pretexto de que el carbón es el pan de la industria, y de que una huelga general de carboneros sería hoy para el mundo un desastre.

Puesta á regular las huelgas del trabajo, no estaría de más que la ley se ocupara también en poner orden en aquellas que el capital se permite. Así haría patente el legislador la alta imparcialidad que le guía. ¿Son por ventura las huelgas capitalistas menos dañosas para la colectividad y menos lesivas al derecho de terceros inocentes? Un hombre opulento se declara en huelga, niega al trabajo el concurso de su capital y se dedica á cortar el cupón, mientras la industria languidece, falta de recursos. Un gran propietario deserta de los campos, deja yermos y estériles sus latifundios, y vive en la corte entre vanidades y placeres, en tanto los campesinos, privados de medios para trabajar, carecen de lo necesario. Un rico avariento sustrae á la circulación los capitales que atesora, y engendra la anemia económica. Con estos huelguistas no se mete el Sr. González, sin duda por considerarlos al amparo del *sagrado* derecho de propiedad. ¿Será que el derecho que corresponde al trabajador sobre su propia persona, sobre su espíritu y su cuerpo, sobre sus manos y sus pies, es menos sagrado y respetable que el del dueño sobre su hacienda?

ALFREDO CALDERÓN

Un obispo in partibus

No hay nada más delicioso que Aranjuez durante el mes de Mayo; aquello es un verdadero paraíso alfombrado de rosas y claveles, cubierto con un toldo de follaje, cruzado por fresquitos arroyos, envuelto en vaporosas nieblas que se condensan sobre el Tajo; alegre con el canto de mil suertes de pintados pajarillos y ennoblecido con el real escudo que por todas partes aparece como sello que anuncia á propios y extraños, cuál es el amo augusto de tales maravillas.

Sobre todo, Aranjuez es una especialidad para producir espárragos y fresas; ya lo dice la copla de todos conocida

«Para espárragos y fresa
los jardines de Aranjuez.»

Lo que nadie hubiera podido nunca sospechar, es que la fertilidad de aquella vega, regada por el Tajo y el Jarama, llegara hasta producir, ¡qué dirán ustedes! Un obispo. Pero un obispo que da un chasco á cualquiera: con mitra, anillo, capisayos, báculo, ignorancia, amor entrañable á Silve-la y Pidal, en fin, un verdadero obispo.

¿Que cómo se llama? ¿Que cuál es su diócesis? Hombre, tanto como diócesis no tiene. Baste, para crédito del Real sitio, haber podido producir un obispo; no vayamos á pedir también que sea con diócesis y todo. Nombre, sí tiene, y responde al de Jacobo Carmona. Había él tenido una juventud borrascosa, pero alegre. En la populosa calle de Jardines y en estudiantil y bulliciosa casa de huéspedes se recuerdan aún sus dichos chispeantes y llenos de ingenio, su habilidad sin igual para *hacer hablar* una guitarra, su igualdad de carácter en medio de las carencias más horribles, y, ¡por qué no decirlo!, la suerte que siempre coronaba sus intentos cuando de una aventura amorosa se trataba.

Era, pues, Carmona un clérigo de lo más simpático del mundo.

Algunas damas de nuestra aristocracia, que son verdaderos y finos perros de caza para descubrir dónde hay un chico guapo, alegre y salado, no tardaron en trabar relaciones con nuestro clérigo; supieron por él mismo los apuros en que se encontraba, la estrechez en que vivía y cómo su falta de carrera científica y la ninguna protección con que podía contar en Madrid, cerraban por completo el camino á sus esperanzas y obscurecían el horizonte de su porvenir.

Llenáronse ellas de amorosa compasión, y habiendo hecho una feliz casualidad que en nuestro héroe se descubrieran aptitudes más que medianas para lo que en Madrid se llama predicar y yo llamaría *género chico* de la elocuencia sagrada, le facilitaron el libre acceso á todos los púlpitos; el afecto entusiástico de todas las congregaciones monjes y la voz cantante en todas solemnidades de arañas, terciopelo, trombón, benjuí y Ovejero. Era por entonces cuando el mujeriego aristocrático libraba aquellas batallas alfonas contra la revolución imperante. Las mantillas blancas, las peinetas, los minúes en casas de alto copete y, sobre todo, las flores de lis presentadas en todas las formas, hechas de todos los materiales y exhibidas con marcada intención, eran otros tantos golpes que se asestaban á los gobiernos revolucionarios y otros tantos pasos que se daban en el camino de la restauración. A aquel ejército, que pudieramos llamar de la flor de lis, le faltaba un capellán, y éste no podía ser otro que Carmona.

He aquí por qué nuestro héroe, apenas entrado en España el rey Alfonso, fué nombrado capellán de honor de Palacio y declarado de real orden el cura de moda, el predicador indispensable

en toda solemnidad de buen tono, el preparador sempiterno de todas las primeras comuniones de encopetados colegios y el Padre espiritual de todas las familias cristianas con vistas al catolicismo liberal conservador.

Y vengamos ya á los jardines de Aranjuez.

Había muerto el rey y su viuda se entregaba á los extremos mayores de dolor. No quería ver á nadie; abominaba de la estancia en Madrid; no encontraba lenitivo más que respirando las brisas del mar en San Sebastián, ó paseando entre las arboledas perfumadas de Aranjuez.

En Aranjuez pasaba, pues, la corte muy largas temporadas, y en una de ellas Carmona hubo de formar parte de la *jornada*, y allí de su arte en captarse todas las simpatías de la corte.

El pronunció pláticas improvisadas aunque las hubiera antes pronunciado Monseñor Pye; él ideó preparaciones de primera comunión que fueron un encanto; él llenó los altares con las flores de los jardines por modo artístico y francés; él, en rapidísimo viaje, compró en Madrid y llevó á Aranjuez imágenes de los Sagrados Corazones de esas con mucha purpura, mucha aureola y mucho colorette en las mejillas; él organizó procesiones en que el humo del incienso, el aroma de las flores, las voces acordadas de los cantantes y las espléndidas armonías del órgano se mezclaron con los suaves murmurios del caudaloso Tajo, el majestuoso crujir de la arboleda y el amoroso arrullo del ruiseñor perdido en la florista.

¡Hay que hacer obispo á ese hombre! Tal fué la exclamación que brotó de todos los labios palatinos.

Pero como ni el Papa, ni el secretario de Estado, ni el Nuncio habían asistido á las encantadas fiestas de Aranjuez, y todavía hay en España la aberración de que ellos intervengan, aunque sea poco, en el nombramiento de obispos, tuvo que empezar una verdadera batalla en que un marqués embajador, un político de luenga barba teológico guerrera y un intendente, echaron mano de todos los recursos, esgrimieron todas las armas y usaron todos los ardis de guerra.

El secretario de Estado de S. S. llegó á presentar la dimisión de su elevado cargo, en vista de que á espaldas suyas se arrancó por sorpresa al mismo Papa la palabra formal de que Carmona sería obispo aunque no fuera más que titular, ó para andar por casa... real.

¡Qué día tan alegre aquel en que el simpático Jacobito fué consagrado obispo en los reales alcázares! ¡con qué aire tan de Calañador hizo él su paseo triunfal, revestido con la pluvial capa, haciendo relucir el esplendente anillo, apoyándose en el dorado báculo y coronado con la blanca mitra!

Y, sin embargo, ¡no sabemos los hombres dónde está nuestra suerte! ¡De ese día datan las desventuras de nuestro héroe! Se acabaron los alegres almuerzos de *restaurant*, tuvieron fin los bulliciosos viajes de recreo, desertaron los cordiales amigos, enmudecieron guitarras y pianos, y, en su lugar, vinieron los desaires de los superiores, los desdenes de los iguales, las rebeldías indomables de los súbditos, lo equivoco de la situación, los aduladores sin sentido común, la campaña de la prensa; ¡qué sé yo! ¡la mar y los peces! ¡sobre todo los peces!

¡Pobre Carmona! ¡Quién le había de decir que aquellos deliciosos días de Aranjuez eran el germen de estos aciagos días de Madrid! Un consuelo le queda, y es que él no será otra cosa; pero forma en la fila de los personajes de todas clases, á que se llama actualmente partido de Unión Conservadora. ¡Es un ilustre conservador silvelopolaviejista!

TRISTE DESTINO

Tenía treinta años y representaba cincuenta. A no llevar faldas, alguien la hubiese confundido con un hombre. No había en ella un solo rasgo que acusase su sexo. Era una sombra de mujer. Sus compañeras no la habían oído reír nunca. Tampoco hablaba. Parecía idiota.

Para dar de comer á sus cuatro hijos—el mayor de ellos de diez años de edad, todavía sin fuerzas para el trabajo—aquella mujer se pasaba doce horas del día cargando y descargando bultos en el muelle, reventada por aquella penosa labor de bestia.

Su marido hacía cuatro meses que había muerto, dejándola desamparada, sin otras rentas que la buena de Dios... Ella, al principio, no supo qué hacerse. Pero el hambre apretaba y no tuvo otro remedio sino solicitar trabajo. Era preciso que sus hijos comieran. Y sus hijos comieron.

Su pobre marido había muerto de un modo trágico. Una mañana se cayó del andamio. Fué conducido al hospital con la cabeza deshecha. El contratista de la obra cuando le hablaban de aquel accidente, se encogía de hombros, guiñaba los ojos y se echaba á reír.

—¡Bah! Era un borracho. Aquella mañana debió de empinar bien el codo...

Cuando la viuda se presentó en el muelle á so-

licitar trabajo, nadie quiso admitirla. «Es usted muy débil y para cargar hace falta tener buenos puños. Usted no sirve para el caso.»

Y sirvió, sin embargo. Los primeros días su pobre cuerpo se resistía á soportar la dura carga. Pero luego fué cobrando bríos y adquiriendo fuerzas.

Sí, ahora sus hijos comían, pero ella iba muriéndose lentamente, á pedazos... Y entonces sufrió una transformación completa su carácter.

Ya lo hemos dicho: no hablaba ni reía nunca. Llegó á embrutecerse, á perder la sensibilidad, á convertirse en una verdadera bestia de carga.

Su única aspiración era no morirse hasta que su hijo el mayor cumpliera quince años de edad, y pudiera reemplazarla en el trabajo. Por eso antes de ir al muelle solía entrar en la iglesia y rezar allí muchos padrenuestros seguidos.

Una mañana se sintió tan enferma que comprendió que se iba á morir. Entonces llamó al mayor de sus hijos, y le recomendó que cuidase de sus hermanos:

—Tú eres ya un hombre y tienes el deber de trabajar; ya te ayudarán ellos cuando sean mayores.

No volvió á levantarse de la cama.

Murió sin que nadie se acercase á su lecho de dolor, sin médico, sin medicinas, sola, abandonada de todos.

Al día siguiente sus pequeños lloraban y pedían pan.

El hijo mayor de aquella gran madre había desaparecido, abandonando á sus hermanos.

MIGUEL SAWA.

LIBROS

Memorias (Infancia, Adolescencia, Juventud), por el conde Leon Tolstói.—Las *Memorias* de Tolstói son... Tolstói mismo. Basta su solo nombre para recomendarlas.

Es un libro de recuerdos gratísimos de la infancia, de idealidades inenarrables de la época adolescente, y de las primeras luchas de la juventud, donde los desengaños de la vida se confunden con las primeras ilusiones del amor.

Con la publicación de las hermosas *Memorias* de Tolstói, la casa Maucci, de Barcelona, ha prestado un nuevo servicio á la cultura española.

Esperamos se agote pronto la edición de obra tan interesante, que ha puesto á la venta el señor Maucci, al precio de una peseta.

Apenas concluida la lectura de los últimos tomos de *Los Ladrones del Gran Mundo*, que nos remitió la inatigable Casa Editorial Maucci, de Barcelona, llegan á nuestras manos los tomos IV y V de dicha interesante novela, que llevan por títulos *El Sacrificio de Juana* y *Mousseline la Vengadora*.

Acompaña á este envío un artístico cartel en colores, representando uno de los más dramáticos episodios de la célebre obra de Ponson du Terrail.

Esperamos con interés los tomos VI y VII, últimos de la extraordinaria y sugestiva colección *Los Ladrones del Gran Mundo*.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

—De un joven modernista:—¿Dónde está la verdadera poesía? En los elegantes muebles de A. Vallejo, Alcalá, 17.

—Si yo fuese poeta dedicaría todas las inspiraciones de mi lira á cantar la gloria de *La Bodega del Jalón*, *Caballero de Gracia*, 56.

—Telegrama de Rostand, poeta y elegante, todo en una pieza: «*Las Calatrabas, Alcalá*, 25.—Envíenme caja de guantes para mi recepción en la Academia Francesa».

—¡Me río yo del aguardiente del *Conejo*! ¡Para buen aguardiente la marca *El Hurón*, que fabrica el Sr. Blanché!

—El problema catalanista se resolvería con que todos los catalanes se aseguraran la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla*, 13.

—Ya Calderón de la Barca lo dijo en *La Vida es sueño*: Para buenos relojes el gran establecimiento *La Hora, Fuencarral*, 23.

—Debieran de grabarse en bronce estas señas: G. Zurro, *Fábrica de guantes, Carretas*, 14.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales, *Fuencarral*, 102 y *Preciados*, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.